

estéticas) encontró su público más numeroso e ilustrado" (pág. 203). De ahí la utilidad de este libro, que nos concierne de cerca.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Un libro que abre fronteras

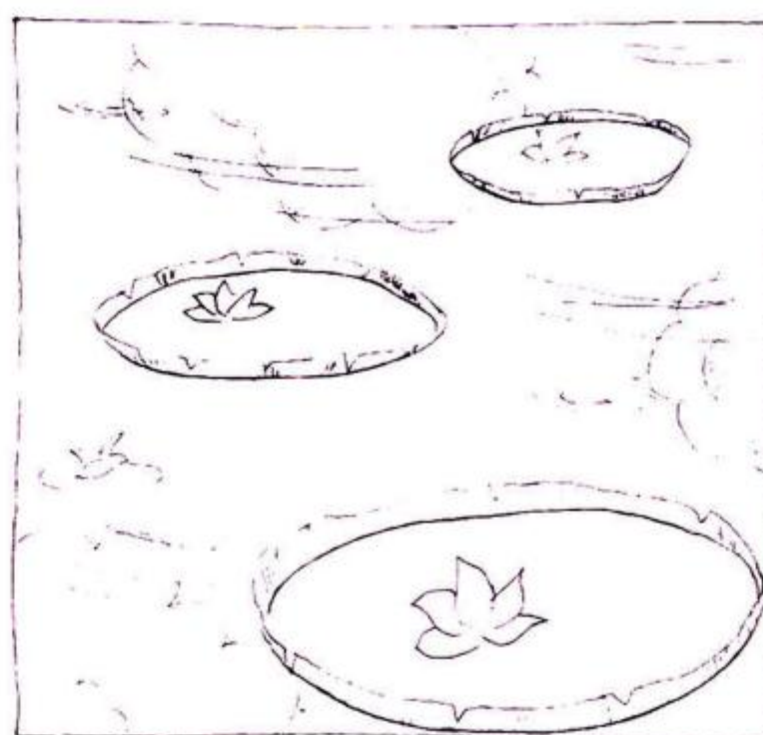
Silvícolas, siringueros y agentes estatales. El surgimiento de una sociedad transfronteriza en la Amazonia de Brasil, Perú y Colombia 1880-1932

Carlos Gilberto Zárate Botía
Universidad Nacional de Colombia,
Sede Amazonia, Instituto Amazónico
de Investigaciones (Imani), Bogotá,
2008, 428 págs., il., mapas

Las modas posmodernas, neoliberales y globalísticas, las cuales parecieran corresponder a parámetros teóricos y analíticos diferentes, se identifican en un aspecto, que se ha convertido en un lugar común, repetido hasta el cansancio, y convertido casi en un axioma que no necesita demostración: hoy los Estados nación ya no son importantes, están en vías de desaparición y en su lugar se ha consolidado un sistema transnacional, hegemonizado por sujetos desterritorializados. Este supuesto, propio de lo que podemos llamar la Vulgata de la globalización es reiterado por una pléyade de teóricos, que incluyen, entre otros y para nombrar algunos, a Manuel Castells, Tony Negri, Michael Hardt, Renato Ortiz y hasta Mario Vargas Llosa, un novelista que presume de ser sabio.

Este discurso sobre el fin de los Estados y las naciones viene acompañado de una serie de afirmaciones bastante banales sobre el fin de las fronteras, o la constitución de fronteras porosas, la desterritorialización cultural, la desaparición de la geografía y de los territorios, la constitución de una sociedad mun-

dial, la formación de una cultura mundial y el fin de las identidades nacionales. Todos estos presupuestos que refuerzan los intereses estratégicos de los estados imperialistas y de sus mal llamadas Empresas Transnacionales se han convertido en una nueva cruzada ideológica y cultural para desarmar a los pueblos del mundo periférico y dependiente y para facilitar los nuevos proyectos de dominación colonial, que están en marcha en gran parte del mundo.



Si el supuesto que los Estados y las naciones ya no tienen nada que hacer en el mundo de hoy fuera cierto sería difícil de entender el sentido de gran parte de los procesos políticos, económicos y sociales de nuestro tiempo, así como momentos significativos de la historia de América Latina en los dos últimos siglos. En cuanto al primer punto, ¿cómo entender las agresiones de unos muy fuertes Estados contra otros, como se expresa en las guerras libradas por los Estados Unidos y Europa contra Afganistán, Irak, la antigua Yugoslavia, Libia...? ¿Cómo interpretar el aumento de los controles fronterizos y la construcción de muros de la infamia para impedir la entrada de migrantes indeseables, como se ve en Europa, los Estados Unidos o, el caso más aberrante, de Israel, para aplastar a los palestinos? En cuanto al segundo aspecto, ¿será que por la supuesta desaparición de los Estados nacionales en la actualidad deben dejar de estudiarse los procesos contradictorios de formación, siempre parcial e inconclusa, de

los Estados en América Latina? ¿No sería posible asumir el análisis de la forma compleja como en nuestro continente se relacionan múltiples identidades, sean étnicas, regionales, nacionales e incluso, en algunos casos, transfronterizas? ¿Qué nos pueden decir los procesos históricos para entender la situación contemporánea de los Estados Nación?

Justamente, con respecto a todas estas cuestiones la investigación histórica aporta importantes elementos de análisis que nos permiten cuestionar todos esos lugares comunes de la Vulgata planetaria que se ha impuesto sobre el supuesto fin de los Estados y de las naciones. Por tal razón, adquiere gran importancia un estudio como el que ha realizado el investigador Carlos G. Zárate Botía y que en buena hora ha publicado la Universidad Nacional, en su sede de Leticia.

Para empezar hay que decir que el autor del libro que comentamos ha vivido durante algún tiempo en la región amazónica, lo que le ha permitido tener un contacto directo y vivir las experiencias cotidianas de los habitantes de ese límite transfronterizo, en el que se comunican cultural, económica, y espacialmente tres países: Brasil, Perú y Colombia. Porque, en efecto, lo singular del trapecio amazónico radica en la confluencia de varias fronteras de tipo material y simbólico, que el autor denomina como un espacio transfronterizo. Al análisis de la forma como se configuró dicho espacio el autor dedica su investigación que se centra en el periodo comprendido entre 1880 y 1932, cuando empieza a notarse con más fuerza la presencia en la región de los tres Estados, aunque con diferentes niveles, proceso que está asociado al auge exportador del caucho, un término genérico e impreciso que hace alusión a la exportación para beneficio del capitalismo central de diversas clases de gomas elásticas, indispensables para la consolidación de la segunda revolución industrial, asociada a la aparición del automóvil.

Hay que decir que Zárate Botía realiza su trabajo de investigación

con un impresionante rigor teórico y empírico, puesto que al mismo tiempo que demuestra un gran conocimiento de la literatura clásica y contemporánea sobre la frontera, la nación, las identidades y lo étnico, se apoya en una amplia masa documental primaria y secundaria, como resultado de la consulta de diversos archivos de Colombia y de Brasil y de la lectura de gran cantidad de libros y artículos especializados sobre el territorio del Amazonas.

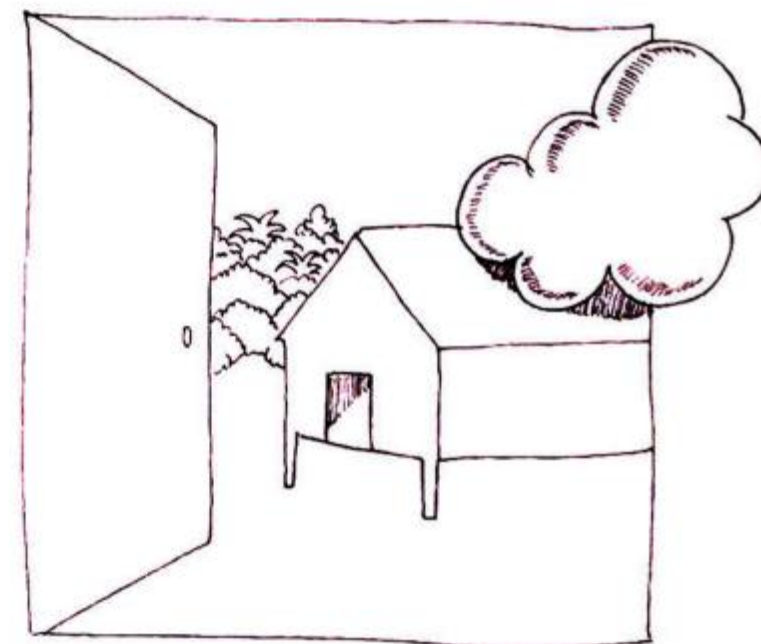


Una característica distintiva de este libro radica en que de principio a fin los debates teóricos y conceptuales están presentes, pero no por exhibicionismo académico, como suele ser común en muchos trabajos universitarios, sino por la necesidad de precisar y aclarar los diversos tópicos que el autor analiza. Aparte de esto, todo el primer capítulo es teórico, y está dedicado al tema de la frontera, sobre lo que versa el libro. En cuarenta páginas el autor repasa distintos aspectos que forman parte de las visiones predominantes sobre la frontera que se han consolidado en la investigación social. Allí habla de la frontera como límite, la frontera como frente de expansión, la sociedad de la frontera, lo específico de los estudios amazónicos con relación a lo étnico, la reconsideración sobre los nexos entre Estado y Nación y al final se detiene en la identidad y las identificaciones en la frontera. Sobre todos estos temas, que el autor expone con detalles, señalando sus acuerdos y sus discrepancias con

otros autores para perfilar su propio punto de vista, sólo queremos referirnos a los dos últimos aspectos, porque son claves para comprender toda la obra. Diferencia la formación del Estado y de la Nación como dos procesos separados que no se deben confundir. De acuerdo con esto, nos dice el autor, el caso de la Amazonia demuestra que “la frontera de la nación no tiene porque coincidir con la frontera del Estado”, lo cual permite explicar que en la Amazonia “los agentes nacionales pudieran preceder a los agentes estatales y a sus instituciones”, diferenciación que se apoya en la distinción entre el hecho que la formación del Estado está relacionada con procesos de penetración e integración, mientras que la formación de la nación hace referencia a cuestiones de legitimidad e identidad (págs. 57 y 58).

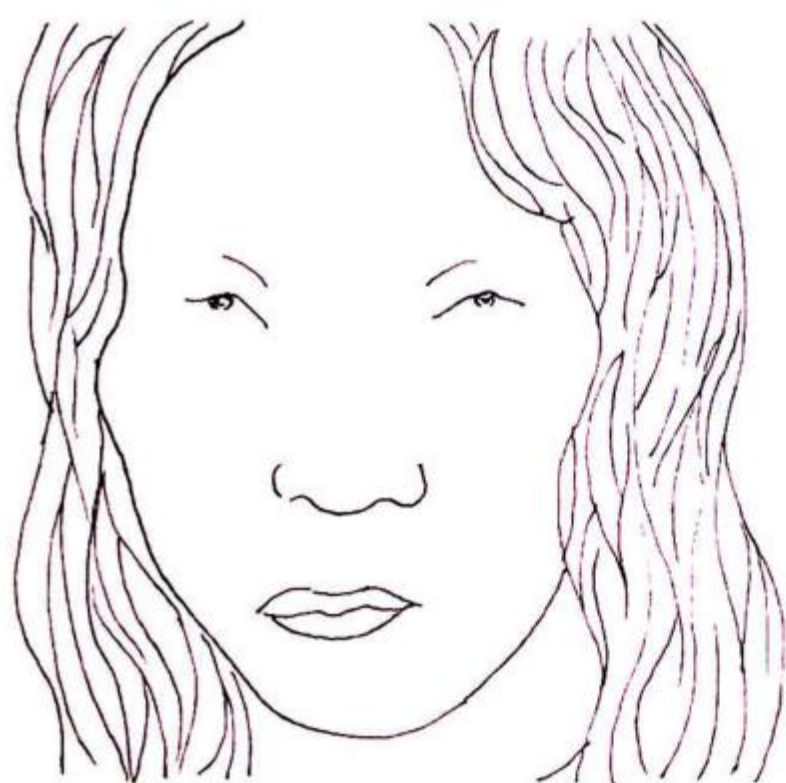
En cuanto al tema de la identidad, precisa diversos conceptos como los de identidades nacionales, identidades étnicas e identidades de frontera, para hacer alusión a la circunstancia que no existen identidades fijas, e inamovibles, ni siquiera las étnicas, y entre todas estas formas de identidad hay relaciones complementarias y no sólo conflictos y contradicciones. Como las identidades no son fijas no existen antagonismos entre la identidad étnica y la nacional, como lo suponen los autores posmodernos. Tal vez el aporte más significativo es el de la noción de *identidad de frontera*, “un resultado del contacto de dos o más sociedades nacionales, aunque no puedan confundirse con las identidades nacionales que participan en el contacto”. Para acercarse a esa identidad de frontera se deben “estudiar los procesos de mestizaje entre miembros de diferentes naciones y etnias, aunque, como supone Otto Bauer, a pesar incluso de los diferentes mestizajes, la diferencia de la comunidad cultural distingue siempre a las naciones” (págs. 62-63). En pocas palabras, en la Amazonia emerge una identidad de frontera como resultado que “los habitantes de esta zona expresan identidades produci-

das por interacciones de carácter transfronterizo con sus vecinos” (pág. 64).



Con todos los elementos teóricos indispensables para el estudio, Zárate Botía procede en los siguientes seis capítulos a construir el análisis histórico sobre la constitución de una sociedad transfronteriza en el trapecio amazónico. Para ello parte, en el capítulo II, con el análisis geográfico de la región, constituida por el río Amazonas y sus afluentes, y la selva húmeda tropical. Por supuesto, el espacio y los ecosistemas de la Amazonia no se pueden considerar de manera aislada al margen de sus habitantes porque, nos recuerda el autor, desde hace miles de años, mucho antes de la llegada de los europeos, el paisaje y su esplendoroso río ya “habían sido apropiados y transformados por los nativos de la Amazonia y, por tanto, eran su hechura” (pág. 74). El autor enfatiza que la Amazonia no es esa selva prístina y deshabitada como se presenta en cierto tipo de imágenes actuales, sino un lugar en el cual han vivido complejas y diversas sociedades y en donde se han presentado grandes y masivas migraciones que han poblado distintos lugares de la extensa selva pluvial. Esa realidad social fue alterada por la presencia europea desde el siglo XVI que vinculó la región al capitalismo mundial, mediante la extracción de materias primas. Esos ciclos extractivos no habrían sido posibles sin el río Amazonas, ese “camino que camina” para retomar la bella metáfora de Euclides Da Cunha.

Después de precisar las características de la geografía humana de la Amazonia, en los cinco capítulos que siguen el autor desbroza el tema de la Amazonia y la formación del Estado y la Nación, realizando una exhaustiva comparación entre Brasil, Perú y Colombia. Efectúa un interesante análisis comparativo, en el que destaca cómo en el caso de los dos primeros se dio la formación de un Estado y de un sentimiento nacional mucho más temprano y consolidado que en Colombia, ya desde finales de la segunda mitad del siglo XIX. Desde luego, en Brasil se constituyeron mucho antes y con más fuerza el Estado y la Nación, procesos que se remiten a la época del dominio portugués y que pronto se reafirmaron tras la independencia, con la expansión territorial que llevó a arrebatárselos a otros países, como a Bolivia, una porción de su selva.



Un hecho importante, al cual se le dedica el capítulo IV, es el de la formación de una frontera transnacional desde finales del siglo XIX, proceso que está asociado al ciclo extractivo de las gomas elásticas y a la presencia de agentes nacionales de los diversos países en la selva amazónica. Desde este punto de vista, la explotación del caucho se convirtió en un polo de atracción que impulsó el desplazamiento hacia la región amazónica de segmentos de población nacional provenientes del interior de cada uno de los países. Este hecho puso de presente el carácter ilusorio de las cartografías

nacionales que habían construido las elites tras la independencia de los imperios europeos y la incertidumbre de los límites fronterizos. El advenimiento de nacionales de Brasil, Perú y Colombia creó

por primera vez desde el advenimiento de la independencia verdaderas fronteras nacionales [...] y con ellas su contraparte: la frontera transnacional. El carácter nacional de estos frentes estaba dado por el origen extraamazónico de sus agentes. Era la primera vez que los diferentes frentes nacionales de expansión interna, en su desplazamiento centrífugo, se encontraban entre sí, borrando la distancia antes existente entre la llamada frontera interna y las expectativas geopolíticas plasmadas en los mapas [...]. [págs. 145-146]

Estas fronteras eran móviles, porque eran atravesadas, lo cual nunca fue tan literal, por sectores privados, por caucheros, por contrabandistas que desbordaban el poco control y presencia que pudieran ejercer los débiles estados nacionales. Durante el periodo del ciclo extractivo de las gomas se van formando una frontera extractiva y otra frontera política, que convergen y divergen al mismo tiempo, como fruto del choque de los intereses privados de los “empresarios” caucheros y sirgueros con los de los agentes estatales.

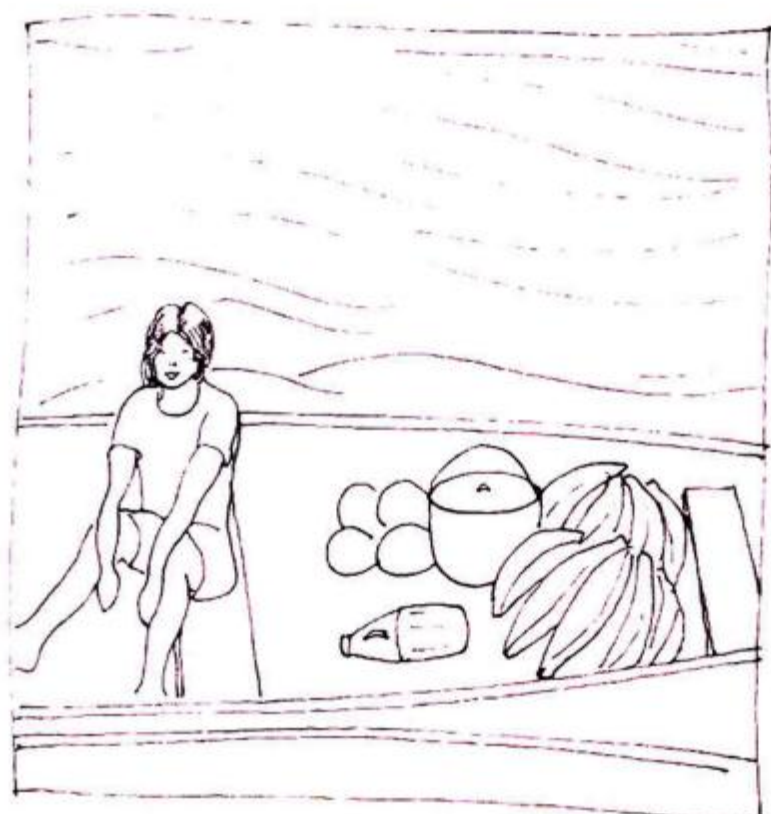
Al caso colombiano se le dedica el capítulo V, en el cual se analiza la constitución de una frontera estatal fragmentada que durante los años finales del siglo XIX y primeros del siglo XX hizo presencia en la región con tres tipos de agentes: cónsules, misioneros y comisarios. Se precisan detalles interesantes sobre el papel desempeñado por cada uno de estos agentes, resaltando que, sobre todo en la “frontera de los cónsules”, se hace el primer intento de situar al Estado central en la región, de hacer presencia física, aunque limitada, de tipo institucional y se empiezan a delinear y definir los límites territoriales de Colombia en el ex-

tremo sur. En esta parte del libro se demuestra, con respaldo documental, el papel nefasto que desempeñaron ciertos políticos colombianos, que llegaron incluso a ocupar la Presidencia de la República, como Rafael Reyes, en el fracaso de esos primeros experimentos de presencia colombiana en la región, al subordinarla a sus intereses privados como aventureros y empresarios y de establecer vergonzosos acuerdos con los caucheros peruanos en su propio beneficio.



En el caso de la “frontera de los misioneros”, el autor cuestiona el papel de los capuchinos en la región amazónica, puesto que no representaban ningún interés nacional, sino que de manera simple pretendían evangelizar a nombre del poder supremo del Vaticano, sin comprometerse en la defensa de la colombianidad en los momentos álgidos de enfrentamientos contra los caucheros peruanos en las primeras décadas del siglo XX. Antes que refrendar una presencia estatal en la Amazonia, los misioneros capuchinos asumieron muchas actividades que el Estado les cedió y delegó, concediéndoles incluso presupuesto económico para construir caminos y vías de comunicación. Un solo dato comprueba que la mayor parte de los políticos colombianos, de los dos partidos, renunció a “definir una agenda propia de construcción de nación en la frontera para asignarle

al Estado, diferente a la que mostraba la Iglesia" (pág. 242). Con esto, antes que una incapacidad inherente al Estado, lo que se nota es una renuncia deliberada a asumir las funciones de penetración e integración que en teoría se le asignan al poder público. El dato en mención es este, referente al Putumayo: "Mientras que en 1917 el gobierno comisarial recibía 8.500 pesos oro, el gobierno eclesiástico contaba con 40.050 pesos oro" (pág. 242). Con este dinero del Estado, la misión capuchina asumía las labores del Estado y las comisarías funcionaban como apéndices del poder eclesiástico.



La "frontera de los Comisarios" se establece tras la reforma administrativa de principios del siglo xx en que se crearon comisarías en el sur del país, un proceso que tuvo poca incidencia en la demarcación de una "fronterización estatal".

En los dos últimos capítulos, el vi y el vii, se estudian aspectos relacionados con la identidad en las fronteras, incluyendo múltiples aspectos, entre los cuales se le dedica un espacio considerable a la identidad étnica. El autor se apoya en una noción amplia y dinámica de identidad, como algo cambiante y diverso que no se sujeta a una definición establecida con anterioridad. Al respecto discute la visión simplista que reduce la identidad a la pura ocupación territorial, una concepción dominante en los políticos colombianos de la época, como el liberal Rafael Uribe Uribe, y que persiste

hasta el día de hoy entre investigadores sociales. Esta concepción restringida queda hecha añicos en la Amazonia, en el sentido pleno de la palabra, porque es una frontera móvil, en la que concurren ayer y hoy múltiples sujetos sociales, de procedencia nacional, regional, estatal y étnica.

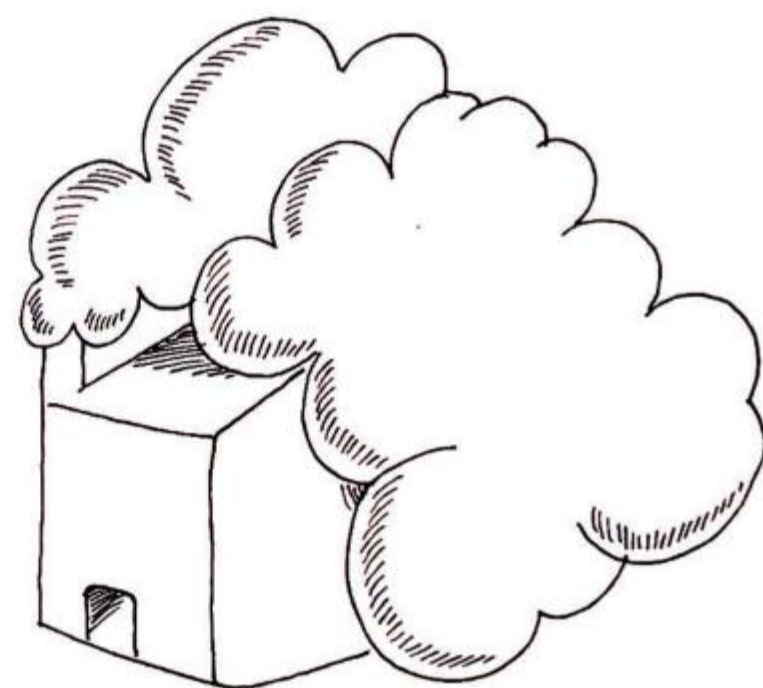
En la misma dirección señala el papel de las lenguas en el proceso de identificación nacional que lleva a que predomine en un caso el portugués y en otro el castellano, sin que eso signifique exclusiones absolutas porque hay mezclas lingüísticas, en las que intervienen además las lenguas aborígenes, como el quechua.

Otro punto trascendental es el de la identidad étnica y nacional, que para el autor no son antagónicos, sino que se mueven de manera fluida, porque en muchos casos hay grupos étnicos que reivindican una identidad nacional sin abandonar la suya y grupos nacionales, como colonos y campesinos, que a veces también se reclaman como pertenecientes a una etnia determinada. Esta rica problemática es estudiada para los tres países, con innumerables ejemplos y polemizando con las explicaciones convencionales de ciertos antropólogos sobre la identidad como algo fijo, para reivindicar que la territorialidad indígena es transfronteriza. Al respecto sostiene como conclusión del capítulo vii:

[...] A pesar de las dificultades impuestas por distintos órdenes nacionales, grupos como los ticuna o los uitoto, aprovechando su territorialidad transnacional, han podido supervivir y consolidarse en los ámbitos territorial e identitario. Por otra parte, el surgimiento y la consolidación de este espacio transnacional tampoco pueden fundamentar, como lo han venido sosteniendo algunos enfoques, el fin del Estado y la nación. Por el contrario, la condición de existencia de lo transnacional es precisamente la supervivencia, vigencia y potencialidad de las entidades nacionales, y mientras ellas existan persistirán también sus

fronteras y en ellas unas sociedades muy originales. [pág. 351]

Un aspecto que diferencia con claridad a Perú y Brasil de Colombia radica en que ya desde finales del siglo xix se fue consolidando un sentimiento regional en la Amazonia, que constituyó las regiones de Loreto en el primer país y la que giraba en torno a Manaos en el Brasil y que cubría un territorio de dimensiones gigantescas. Esa identidad regional se constituyó en un nexo indispensable que se unió a la identidad nacional y que permitió reclamar una mayor presencia del Estado central y cierta autonomía en el manejo de cuestiones específicas a la Amazonia por parte de las elites locales. En Colombia no se dio nada parecido, como se constata con el hecho que tanto en Iquitos como en Manaos se publicaran cientos de periódicos, incluso anarquistas y socialistas, como formadores de una conciencia regional y nacional, algo que no sucedía en ningún lugar de la Amazonia colombiana. Por supuesto, eso está ligado con el auge del caucho y la manera como de alguna manera se irrigó en algunas regiones de Perú, como Loreto, a la que pertenecía Julio César Arana, el rey del caucho.



Para ir cerrando, podemos decir que dada la riqueza de este libro es muy difícil presentar de manera minuciosa sus múltiples aportes en diversos terrenos del conocimiento social, porque debe resaltarse que el autor hace una reconstrucción histórica, que se apoya en la geografía,

la sociología, la antropología, el análisis cultural, la economía... para presentarnos una visión de conjunto sobre el tema estudiado, en la cual nos proporciona elementos sustanciales de tipo comparativo sobre el proceso histórico de Brasil, Perú y Colombia. En conclusión, este libro abre nuevas fronteras para la investigación histórica y social, lo cual coincide con el tema central del que se ocupa, la formación de una frontera transnacional en la Amazonia, algo que es mucho más concreto que aquellas afirmaciones superficiales y malintencionadas que nos dicen que la Amazonia es un patrimonio de la humanidad, un eufemismo elegante para encubrir que es un bocado apetecido por los poderes imperialistas de nuestro tiempo.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Quintín Lame extraviado en la selva retórica del poscolonialismo

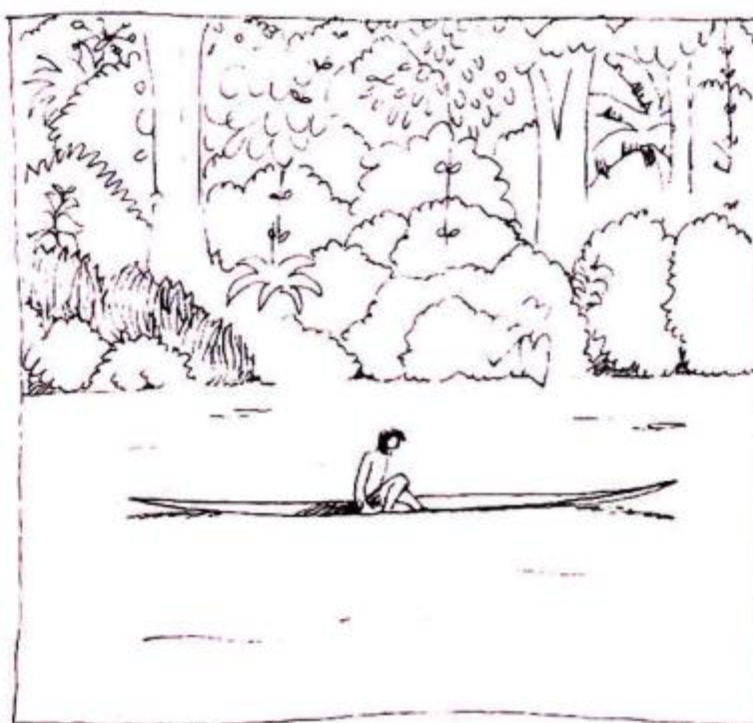
La civilización montés. La visión india y el trasegar de Manuel Quintín Lame en Colombia

Mónica L. Espinosa Arango

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (Ceso), Bogotá, 2009, 225 págs., il.

En los últimos años se nota una apreciable influencia de los llamados estudios poscoloniales en diversas áreas de las ciencias sociales, pero especialmente en el terreno de la antropología y de los análisis culturales. Aunque los estudios poscoloniales cuentan con una diversidad de autores con una desigual producción, en cantidad y calidad, en nuestro medio se ha impuesto aquella línea que procede de las universidades de los Estados Unidos, o que goza

del respaldo de la academia de ese país y que muestra en términos generales dos características distintivas: de un lado, el uso de una jerga lingüística insufrible, y de otra parte un culto autorreferencial sobre los mismos autores y las mismas obras. Decimos que una jerga, porque en gran medida a lo que se recurre es al abuso de las metáforas, de los tropos y del lenguaje estereotipado que hace difícil comprender en realidad que quieren decir los autores. Esto es un resultado de la forma expositiva del posmodernismo, con sus giros rizomáticos, que en gran medida ha sido asumida por el poscolonialismo. El otro problema autorreferencial tiene que ver con el hecho que ellos se alaban y se citan entre sí todo el tiempo, cuando no es que un mismo autor poscolonial se refiere de manera permanente a sí mismo y a sus realizaciones y se autocita en forma obsesiva, con una gran dosis de narcisismo intelectual.



Al margen de estos detalles, la discusión de fondo radica en si el análisis poscolonial es pertinente para la realidad colombiana y latinoamericana, si se tiene en cuenta que surgió en contextos históricos y culturales completamente diferentes a los nuestros, en un ambiente relacionado con territorios que se descolonizaron a mediados del siglo xx. Este asunto, casi nunca asumido por aquellos autores influidos por la retórica poscolonial, es crucial a la hora de ventilar la influencia de estos marcos teóricos, en apariencia sofisticados, pero que a veces lo único que hacen es

cambiarle el nombre a las cosas, para utilizar unos términos rebuscados con los que denominan a procesos ya analizados en forma suficiente desde otras perspectivas teóricas.

Algunos de estos problemas aparecen en el libro *La civilización montés* de Mónica Espinosa, un texto difícil de analizar porque presenta varios problemas de construcción y de exposición. Para comenzar, no se logra comprender cuales son al final los objetivos de la autora, porque a lo largo de la exposición hay un continuo ir y venir entre temas diversos, a tal punto que resulta complicado encontrar un hilo argumental claro y coherente. Esto implica que en algunos capítulos no se hable de manera directa del tema central, sino que se den muchos giros y digresiones innecesarias. Así, no se sabe con claridad si se quería hacer una reconstrucción histórica, una indagación cultural o una reconstrucción de la memoria o todo a la vez. Al respecto, la autora afirma: "en esta investigación sobre la visión india y el trasegar de Lame, mi interés sigue siendo *entender los procesos históricos* de transformación de 'grupos étnicos' que forjan 'identidades'" (pág. 38, resaltado nuestro). En otra parte sostiene: "Mi objetivo es [...] lograr sumergirme y sumergir al lector o lectora en la *complejidad del recuerdo: las formas de memorización y rememoración social y cultural* de hechos, el silenciamiento y su inscripción textual, así como en la activación de la *memoria cultural* a través de repertorios donde lo visual, lo oral, lo corporal y lo ritual desempeñan un papel central" (pág. 41, resaltados nuestros). Aunque estas dos cosas están relacionadas, en sentido estricto son diferentes y se van a manifestar en la confusión que muestra el libro, en el que aparecen dos partes muy bien diferenciadas: una primera, formada por los tres capítulos iniciales, y una segunda por los dos capítulos finales. En la primera la referencia es la memoria y en la segunda la historia. En la primera la exposición es complicada y poco atractiva, en la segunda es más clara y precisa.